

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXIV



C. S. I. C.
1994

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1994

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13
Arte	
Puentes sobre el Arroyo Abroñigal, por Pilar Corella Suárez	19
Los Artífices y las Artes en Madrid en 1694, por José Manuel Cruz Valdovinos	47
La Iglesia de las Descalzas Reales de Madrid según un inventario de 1703, por José Luis Barrio Moya	79
Pedro de Ribera y la remodelación del Puente del Retamar por Matilde Verdú Ruiz	95
Lugares de recreo en el Renacimiento Español: la escena paisajística en El Pardo y Aranjuez, por Eduardo Blázquez Mateos	105
El primitivo Convento de San Pascual Bailón y la Purísima Concepción de Nuestra Señora en el Paseo de Recoletos de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	121
El Cementerio de la Sacramental de San Nicolás, por Carlos Saguar Quer	143
Jayme Marquet, un arquitecto francés en la Corte de España: nuevos datos sobre la actividad en el Real Sitio de Aranjuez, por Virginia Tovar Martín	167
Jano, dibujante de Madrid, por Luis Armenteros María	207
Geografía	
El Madrid Prehistórico fue un poblado minero, por José María Sanz García	223
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio	241

	<u>Págs.</u>
Historia	
Hitos de la Historia de Madrid, por Ramón Ezquerro Abadía ...	271
El Concejo de Madrid y el Real de Manzanares: un modelo de conflicto territorial en la Castilla de los Reyes Católicos, por María del Carmen Cayetano Martín	279
Las prioras del Monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid durante la Edad Media, por Manuel Montero Vallejo	293
El Colegio Imperial, fundador de una Cátedra en Arganda, por José Barros Campos	319
Problemas que plantea el asentamiento nobiliario de la Corte (ocupación, distribución y parcelación del suelo), por África Martínez Medina	337
Leonor Mascareñas, Aya de Felipe II y fundadora del Convento de los Ángeles de Madrid, por Gregorio de Andrés Mar- tínez	355
Información sumaria del proceso de don Antonio de Beaufort, por José Antonio Martínez Bara	369
El solar del Banco de España, por José del Corral	407
Estatuto del tribunal de Corte (1752), por María Pilar Domínguez Salgado	415
Madriños en América en el siglo XVIII (2.ª parte), por José Valverde Madrid	427
Notas sobre la prostitución en Madrid a comienzos del si- glo XVII, por Enrique Villalba Pérez	505
Festejos populares y manifestaciones patrióticas celebradas en Madrid con motivo de la Guerra de África (1859-1860), por Miguel Ángel López Rinconada	521
El Ayuntamiento de Madrid a finales del reinado de Fernando VII, por Pablo Baena Pinedo y Manuel Martínez Neira	543
Un jesuita madrileño en Corea, por Valentín Dorado Dell- mans, S. J.	565
Noticias que ahora cumplen centenario, por J. del C.	569
Literatura	
Alejandro Dumas, huésped de Madrid, por Luis López Jiménez ..	583
Héctor Florencio Varela en Madrid (1881-1885) aportación a la historia del americanismo en España, por Isabel Hernández Prieto	603

	<u>Págs.</u>
El dilema colonial en la prensa anarquista madrileña, por Rafael Núñez Florencio	621
Algunos datos para la biografía de Gregorio Martínez Sierra, por José Montero Padilla	643
Dos actos de confraternidad entre intelectuales madrileños y catalanes, por Ramón Ezquerro Abadía	657

JANO, DIBUJANTE DE MADRID

Por LUIS ARMENTEROS MARÍA

No resulta fácil hacer la semblanza de un hombre con señalada y dilatada actividad artística, que se hizo acreedor al reconocimiento de la fama y que por su sencillez y deseo de pasar inadvertido no ha tenido la celebridad merecida. Su obra, pese a ser reconocida como magistral por otros dibujantes y críticos no ocupa el lugar debido, posiblemente, por huir de la vanidad aunque, afortunadamente, tuviera como contraste una ejercitación continua y un carácter animoso que afirmaba su personalidad. Tan solo se engreía ante la mesa de trabajo sintiéndose madrileño y haciendo, con el casticismo de su arte, gente que representaba al pueblo que le vio nacer. Dio a su obra una interpretación propia, huyendo de la exajeración y deformación del mundo real, y de modismos circunstanciales, que, por acentuados que fueran, no hacían mella en su perseverancia por sentir su época predilecta, con sus características.

Sus dibujos sobre temas tan suyos, por ser de Madrid, destacan por su casticismo y penetración en los tipos que da vida, sacados de la realidad. Sin duda, su tema predilecto fue la pareja de los barrios bajos y aquí cabe destacar un detalle: era ella, la mocita bonita y garbosa con falda de percal, mangas de jamón y mantoncillo ligero la que le inspira y la que tendrá preferencia; después vendría él como complemento y adaptándole a la situación que ella requería. Cabría decir que Jano al darlas unas veces belleza, otras ternura y siempre alma, era un enamorado de las mujeres que pintaba. Como fondo algo madrileño que podría ser una estatua, una de las tres ermitas o un lugar que decía que allí estaba Madrid y su mundillo, en ocasiones con sus alegrías, en otras con sus penurias y tristezas. Lo que creaba tenía esa filosofía o resignación que se da entre la gente de alma sencilla.

Con su obra nos dejó todos los tipos característicos anteriores a los años treinta tales como el sereno, la castañera, el «soguilla», el vendedor del Rastro sentado pacientemente en espera de un cliente de su diversa mercancía, que ya había tenido otro dueño, el «retratista» de la Puerta del Retiro que tiene cerca al ama de cría, amamantando al rorro a la que mira con ojos saltones el quinto recién llegado a la Capital, y tantos y tantos seres que dieron vida y señalada estampa a Madrid. Enumerarlos uno por uno haría esto interminable.

Cabe agregar que se sentía con seguridad suficiente para su empeño y no se sometió a ninguna dirección. Una persona o situación que le llamase la atención era motivo que espontáneamente se grababa en su imaginación para después reproducirlo. Si tuvo algún maestro fueron el pueblo, López Silva y Carlos Arniches.

Cuántas escenas le habrá proporcionado esa institución madrileña que tanta alma tiene y que tanta literatura ha tenido, y tendrá, que es El Rastro. En su visita dominguera al llegar ante la estatua de Eloy Gonzalo —Casorro nos sabe más castizo— nos decía: bajemos por Amazonas para ir a la plaza de Vara del Rey, allí tengo amigos, verdaderos anticuarios, que me estiman y estimo; así era, le recibían con toda familiaridad y se saludaban gastándose alguna broma. Parada ante la tienda de Rafael, que en su muestra rezaba «Almoneda»; a los lados de la puerta dos figuras taurinas, ya descoloridas y que por su atuendo pudieran ser de la época romántica de Curro Cúchares o de Cayetano Sanz. Después bajar por Carlos Arniches (con perdón del ilustre sainetero seguíamos llamándola del Peñón) para pasar por Carnero, Mira el Río y alguna otra, que todas estas calles siguen guardando, además de su nombre de siempre, la fisonomía y gracia de medio siglo hacia atrás. Por aquí se encuentra lo que de variado tiene El Rastro, cosas en las que pensábamos hacía tiempo y que por sorpresa hallamos, objetos maltratados por los años y por el uso, que no parece posible que puedan interesar a nadie pero que, finalmente, tienen un comprador. Es difícil irse de vacío. Finalmente llegar al «Mundo Nuevo», con parada fija ante el puesto de Domingo (otro amigo que nos dejó). Era un misterio cómo se proveía de libros durante la semana para ofrecer a su clientela alguna rareza buscada desde hacía tiempo. Por su mágico puesto ha pasado tanta joya literaria y tanta lámina de hombres que hicieron historia que se podrían formar varias bibliotecas envidiables.

Ante este puesto, hiciera frío o calor, se formaba una breve pero interesante tertulia que merece la pena reseñar: Berchi, ese gran profesional, artífice entusiasta de ferias, exposiciones y de cuanto pueda redundar en pro del libro antiguo y de ocasión; Juan Villarín, escritor madrileñista; Manolo Bercero, infatigable y diario buscador de libros o escritos interesantes; José Antonio Izquierdo, propietario de una de las mejores colecciones de «fotos» y postales de Madrid y posiblemente alguno más que se me olvide citar y que me perdonará.

Y entremos en datos: Francisco Fernández-Zarza (JANO) nace en Madrid el 6 de junio de 1922, en la calle de Núñez de Arce y en la casa que da entrada a los actores del Teatro de la Comedia; hijo póstumo de Francisco Fernández-Zarza, jefe de máquinas del mismo teatro, y de María Pérez, portera de la casa.

Aunque los conoce siendo muy niño, recordará para siempre a los actores que ve pasar a diario: Pedro Zorrilla, Mariano Azaña, María Mayor, Guadalupe

Muñoz San Pedro, etc., y más tarde a Milagros Leal, Salvador Soler Mary, López Somoza y otros y, como no, al empresario D. Tirso Escudero al que en ocasiones acompaña D. Pedro Muñoz Seca. El andar entre la tramoya le hace ilusión y, posiblemente, llevado por su vena artística, de no haber sido dibujante tal vez hubiera sido actor, como en alguna ocasión lo hizo.

Su primer dibujo aparece en la revista «Macaco», de K-Hito, en el año 1927. No se sabe de más publicaciones y sí que su afición por el dibujo domina sobre los estudios.

No ve mucho ámbito en la cercana Plaza de Santa Ana y se fija en los barrios bajos en los que presiente lo que llegaría a captar de «Aquel Madrid», del cronista Chispero y que a finales de la década de los «alegres veinte» va perdiendo su casticismo y con ello su peculiar modo de ser. De entonces le queda el recuerdo de lo que después sería su obra y, también, su inclinación hacia el arte teatral, lo que le llevará a ingresar en la compañía del Teatro Español, sin llegar a destacar. Ya llegada la guerra civil dibuja para los periódicos «Hierro», de la Brigada motorizada y de «Nova Catalunya».

Hacia 1942 entra a colaborar en el estudio de Adolfo López Rubio; allí para las series infantiles «Ginesito, Zanahoria» y otras. Este estudio lo compone un grupo variado y ya excelente de artistas dedicados al «comic» del que saldrá su buena amistad con todos ellos.

Este grupo está formado por Pepe Muro, Rafael Gordillo, Alfredo Ibarra, Celedonio Perellón, Pepe y Carlos Laffond, Federico Blanco y del entonces adolescente Víctor de la Fuente, que después alcanzaría fama en el extranjero.

Bien pudiera hacerse un trabajo aparte dedicado a la perseverancia de estos hombres que aprendieron la humildad de hacer cosas para ingenios infantiles y que, historieta tras historieta, salvando a sus héroes de cuantos peligros se presentaban, han sostenido el interés de los pequeños, y a veces de los mayores, para que todo terminase bien.

El primer dibujo que hace para el «cine» es un retrato de Jorge Negrete por encargo de Hispano Mexicana Films. Dado ya a conocer se le abren las puertas de la industria cinematográfica y siguen «Procines», Cesáreo González (Suevia Films), C.E.A., Mercurio, As, Europa Films y así hasta pasar de treinta las casas que le solicitan.

Esto ocurre en la década de los cuarenta y hasta los años setenta, transcurso que coincide con el desarrollo de esta industria, se mantiene en primera línea haciendo, además del cartel anunciador, fachadas para cines y teatros. Comienza esta dedicación con la película «Recuerda», de Hitchcock, con Gregory Peck e Ingrid Bergman en el reparto, para el cine Gran Vía. Por estas fechas ya tenían prestigio como pintores de fachada Demetrio Salgado, Pedro Mozos y Juan Alcalde. Para admirar la sugestiva obra de estos grandes maestros merecía la pena pararse ante las carteleras de los cines de la Gran Vía.

En 1948 y en unión de los mejores dibujantes de España (Segrelles, Teodoro

Delgado y otros) es nombrado por el Ministerio de Cultura para ilustrar una edición del Quijote conmemorativa del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes.

Como diseñador hizo portadas para novelas y revistas. «Chicas» es una de ellas en la que coincidió con José Luis Moro, que después se dedicaría a los dibujos animados y también con el que seguiría siendo su buen amigo, Antonio Mingote.

Como carteles de fachada hay que recordar los que hizo para Tony Leblanc, Lola Flores, Pepita Serrador, Pepe Blanco y otros muchos. Para el circo se encargó del último cartel del Price, con la actuación de Pinito del Oro y Mary Santpere. También los haría para los hermanos Tonetti y Ángel Cristo.

Volviendo al cartel cinematográfico, que fue su mayor dedicación, hace en 1949 «Alas de Juventud», de la que saldría su inquebrantable amistad con el actor Julio Riscal; en 1950 «La Revoltosa». «Teatro Apolo», «El último Caballo»; en 1951 «Surcos», de José Antonio Nieves Conde para Distribuidora Chamartín, con este cartel obtiene un premio fuera de España, pero tuvo que hacer otro pues no valió para aquí; en 1953 «Segundo López», en la que la excelente actriz Ana Mariscal se encarga del papel principal, siendo a su vez directora y productora, con fotografías de su esposo Valentín Javier; en 1954 «La Patrulla» y «Murió hace quince años»; en 1956 «Tarde de Toros», en la que también interviene el dibujante Antonio Casero, y en el mismo año «Mi tío Jacinto», después seguirían los «Ángeles del Volante», «Las Chicas de la Cruz Roja», «Los Económicamente débiles», «La Verbena de la Paloma» (ésta dirigida por José Luis Sáenz de Heredia) y así hasta 1990 en que hace como última obra de este género «Biba la Banda».

Muchas también para películas extranjeras, por citar algunas diremos las reposiciones de «La Quimera del Oro», «Ciudadano Kane», «Con faldas y a lo loco», «San Francisco», «El Mago de Oz», «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis» y como estrenos «El último refugio», «Mogambo», «Encadenados», «El gran Caruso», «Ladrón de bicicletas», «Los Girasoles», «Serpico», «Los siete magníficos», «Cimarrón», «El manantial de la Doncella», «El Millonario», «Capri», etc.

Inicia sus exposiciones a partir de 1972 hasta 1989 en las salas Grifé & Escoda, Galerías Cid, Gavar, Donatello, Florida Blanca y otras madrileñas además de dos sobre motivos vascos en las Galerías Amarica, de Vitoria y Echeberría, de San Sebastián. Estas exposiciones merecen cálidas y elogiosas opiniones, sobre su casticismo y maestría, de compañeros entre los que entre-sacamos a Bardasano, Antonio Casero, Mingote y Lorenzo Goñi y de los críticos de arte Antonio Cobos, A. M. Campoy y Raul Chávarri, aparte de otros.

En su pintoresco estudio de Cava Baja, 42, veníamos celebrando una tertulia todos los jueves, además de los ya citados Muro y Gordillo, Paco Ruiz Chicharro,

Joaquín Gallardo, Eduardo Armenteros y con menos asiduidad alguno más. La última fue el 7 de mayo de 1992 y su fallecimiento ocurrió el siguiente día 13.

JANO hizo con su genuino casticismo un latente reflejo de aquella cantera viva que le ofreció Madrid. Para su pueblo dejó un recuerdo amable e íntimo, para sus amigos otro sencillo y grande.















